



Puesta en escena

Ricardo Silva Romero

Colombia ha tenido memoria de puertas para adentro. Si llegáramos a entrar en cada habitación de las nuestras, si descendiéramos como arqueólogos o nos refugiáramos como niños perdidos en las casas ajenas, entonces nos veríamos rodeados –en las paredes y en los cajones– de suvenires traídos de todos los lugares de la vida: cada familia vive en su propio museo. Pero de puertas para afuera nos ha costado sangre y más sangre ponernos de acuerdo en cuál ha sido nuestra historia: cercados por la guerra, y acostumbrados a la violencia igual que a la lluvia, hemos tenido familias pero su suma no ha dado como resultado una sociedad, hemos tenido comunidades pero no hemos alcanzado a completar el rompecabezas de una nación. Ha hecho falta un Estado que no abandone la tierra ni se vengue de quienes la usurpen. Ha hecho falta la educación que no se le resiste al pasado. Y ha hecho falta esa “increíble pero cierta” versión de los hechos –esa narrativa que nos redime y nos reúne– que se llama la justicia.

Creo, no obstante, que nuestros más valientes narradores (desde los novelistas de esta vorágine hasta los investigadores del Centro Nacional de Memoria Histórica) han conseguido conjurar el horror así esté lejos de acabarse: suele narrarse lo que ha terminado de pasar, pero, ante la evidencia de que aún nos acorrala este conflicto que ya es un oficio, nuestros autores se han empeñado en contar el infierno con la esperanza de que un día nadie quiera repetirlo. Pienso que ese es el camino: que tenemos que poner en escena las verdades de la guerra, con sus hermosas escenas de resistencia y sus monólogos mezquinos y aterradores y devastadores, con sus víctimas y con sus victimarios, para que poco a poco se vaya llenando el auditorio de colombianos que no nieguen que todo esto –esta secuencia de secuestros, invasiones, asesinatos, masacres y torturas– ha estado pasando en su Colombia.



Narrar la guerra

Piedad Bonnet

A mediados de octubre el Consejo de Estado condenó al Ejército a contar, en un documental, cómo soldados del batallón Ayacucho torturaron y asesinaron a Luis Fernando Lalinde en octubre de 1984. La disposición resulta significativa y novedosa, pues apunta a lo que se ha ido consolidando como propuesta en la tarea de reconciliación para obtener una paz verdadera: la de producir una narrativa de la violencia que permita, tanto a las víctimas como al pueblo colombiano, aproximarse a la verdad de los hechos.

En este caso, la historia por contar se le ha propuesto al victimario. Pero narrar es también una posibilidad muy importante para las víctimas. En el curso de una guerra como la que vive Colombia, nada hay que atormente más al familiar herido por la desaparición o por la muerte violenta de su ser querido que las preguntas definitivas: ¿por qué? ¿cómo? ¿quién? Impelido por la tristeza o la desesperación, y a menudo por el resentimiento, el deudo necesita indagar por los hechos, y construir luego una historia que le ayude a hacer su duelo y a reconciliarse. Hannah Arendt propone que contar historias puede ser un recurso salvador para los que no poseen poder social, porque les permite sentir que poseen un mínimo de control sobre la realidad trágica que se les escapa. Aunque es posible que la verdad objetiva no aflore en las historias resultantes, la verbalización permitirá consolidar en discurso lo vagaroso, y facilitará a la víctima ir sanando lentamente las heridas.

Narrar permite superar el miedo, sobrellevar la tristeza, reconciliarse con la terrible realidad; salir de la soledad y el aislamiento en el dolor e ir hacia el otro; generar diálogo y construir memoria. Si queremos ir hasta el fondo de nuestra conciencia social estamos, pues, obligados a consignar el testimonio de la guerra, ya sea a través del documento o del arte, dos formas importantes de encontrar sentido.